

Sung Ting atrapa un fantasma

Cuando aún era joven, Sung Ting-po, natural de Nanyang, provincia de Jonán, se encontró de noche con un fantasma en pleno camino.

—Quién es usted? —preguntó.

—Un fantasma, señor.

Y a su vez demandó: —Y usted?

—Un fantasma como usted —mintió Sung.

— ¿A dónde va usted?

—A Wanshi.

— ¡Qué casualidad! Yo también.

Marcharon juntos durante varios li.¹

—Andar así lleva mucho tiempo y resulta muy fatigoso. ¿No será mejor cargamos por turno uno al otro? —sugirió el fantasma.-

-Muy buena idea —aprobó Sung.

Para comenzar, el fantasma lo cargó durante un largo trecho-

-Lo encuentro muy pesado —se asombró el fantasma—. ¿Es usted realmente un espectro?

—Soy un espectro reciente —respondió Sung—. Por eso aún soy pesado.

A su vez cargó al fantasma, que no pesaba absolutamente nada.

Y así siguieron por el camino, cargando uno al otro por turno. —Como soy un nuevo aparecido— observó Sung—, aún no sé lo que más debemos temer como fantasmas.

—Hay una sola cosa que tememos: que un hombre nos escupa.

Siguiendo el camino, llegaron a un arroyo. Sung invitó al fantasma a que lo atravesara primero. Así lo hizo, sin el menor ruido. En cambio, Sung atravesó la corriente con un gran alboroto de agua revuelta.

—Por qué hace tanto ruido? —preguntó el fantasma.

—No hace mucho tiempo que he muerto —respondió Sung, con la intención de adormecer la vigilancia del fantasma—. Por eso aún no tengo el hábito de caminar sobre el agua. Le ruego perdone mi torpeza.

Cuando se aproximaron a la ciudad de Wanshi, Sung echó al fantasma sobre su espalda y lo mantuvo allí fuertemente agarrado. El fantasma se puso a gritar, suplicándole que lo dejara en el suelo. Sin inquietarse de esos gritos, Sung apuró el paso hacia la ciudad. Cuando dejó al fantasma en el suelo, ya había tomado la forma de un cordero. Después de escupirlo, para evitar que tomara otra forma, Sung se apresuró a venderlo. Y se fue, enriquecido en mil quinientas monedas.

En esa época, Shi Chung² comentó este hecho con los siguientes términos:

—Sung Ting-po hizo algo inmejorable: ¡ganó mil quinientas monedas vendiendo un fantasma!

(De Cuentos extraños, dinastías Wei y Tsin.)

1 Un li equivale a medio kilómetro.

4 Un noble rico de la dinastía Tsin.

Weí Pang (766-799) (Juang Fu, dínastía Tang)

Durante el reinado Ta Li³ vivía un letrado llamado Wei Pang, un atleta de fuerza poco común, que no conocía el miedo en sus correrías nocturnas. Jinete famoso y prestigioso tirador de flechas, nunca viajaba sin su arco y su carcaj. No sólo cazaba las piezas ordinarias, sino que le apasionaba juntar serpientes, alacranes, gusanos de tierra, cucarachas, ciempiés y otros horrores del mismo tipo.

Cierto día que hacía un paseo hasta la capital, lo sorprendió la noche. Los toques de tambores que anunciaban las horas se espaciaban. La casa de su amigo donde se hospedaba se encontraba lejos. No sabiendo dónde pasar la noche, vio que desocupaban un suntuoso, hotel donde procedían a poner candados en las puertas. Wei Pang pidió hospitalidad a su dueño, quien le respondió:

—La muerte ha golpeado a nuestro vecino. Según la costumbre, esta noche será el momento de que debe aparecer su fantasma. Si llega a entrar en nuestra vivienda, tendremos una gran desgracia. Por eso toda mi familia va a pasar la noche en casa de un familiar y volverá mañana. Cumpló mi deber en informarle de tales hechos.

Le agradeceré hasta el infinito si me permite pasar esta noche en su residencia. Ningún peligro puede hacerme retroceder. Ya sabré cómo arreglarme con el fantasma.

El dueño de casa lo introdujo en la residencia, mostrándole un espléndido dormitorio, con una despensa bien surtida, y se retiró. Entonces Wei dio a su sirviente la orden de llevar el caballo al establo, de encender lumbre en el salón de honor y preparar la comida. Después de cenar y reposar, Wei mandó a su sirviente que se acostase en un anexo del palacio, y él mismo abrió de par en par las puertas del inmenso salón. Se instaló sobre un sofá, en medio de la habitación, apagó la vela, aseguró su carcaj y esperó.

Después de medianoche, un haz de luz del ancho de una olla bajó del cielo hasta el salón, y allí quedó en el umbral de la puerta del norte, chispeante como una bola de fuego. Wei Pang, alborozado, tendió su arco en la oscuridad e hizo blanco. Se produjo una explosión y la luz pareció encabritarse. Tres flechas disparadas con la misma precisión debilitaron la luz, y la inmovilizaron. Wei, arco en mano, se lanzó para arrancar sus flechas, pero ese extraño objeto cayó y se apagó completamente. El sirviente, alarmado, llegó con una luz. Descubrieron una bola de carne llena de ojos que al pestañear dejaban escapar a cada movimiento una luz fosforescente.

—Quiere decir que es cierto que el alma maldita vuelve— exclamó Wei Pang lanzando una carcajada.

Ordenó a su sirviente que cocinara esa bola de carne. De la cocción se desprendió un aroma apetitoso. Cocida a punto y cortada en tajadas, esa carne se convirtió en un plato suculento de gusto exquisito. Wei se comió la mitad con su servidor, y guardó la otra mitad para obsequiar al dueño de casa. Éste volvió a la mañana siguiente. Se mostró muy contento de ver a su huésped sano y salvo. Wei le contó lo ocurrido en la noche y le ofreció el manjar a su anfitrión, quien no terminaba de lanzar admiradas exclamaciones de sorpresa.